



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO III.

MIÉRCOLES 15 DE NOVIEMBRE DE 1871.

NÚM. 89.



LA LUZ.

Hoy no existen las causas que determinaron el nacimiento de los conventos. Esa población muda de frailes y de monjas que se pasean por los solitarios claustros, es un hurto de población hecho á la ciudades, al movimiento, á la vida. Robarse hoy de esta suerte á la sociedad es robarse en algun modo á su propio destino, es dejar de cumplir el fin providencial.

¿Qué es lo que hacen ese puñado de hombres ó de mujeres encerradas en un convento? Varias cosas. Ayunan, se maceran y oran. Pero la excelencia del convento no es esta. La excelencia del convento consiste en que forma una vida aparte para los que en él se albergan. El mundo no tiene nada que ver con los que se cobijan bajo aquellos sombríos muros; mas que esto va unida para ellos. El movimiento, el ruido, las inquietudes, los desasosiegos no entran allí. Allí se guarda la regla de la obediencia absoluta y á veces la del silencio perpetuo. Allí se habla con sorpresa *del siglo*, y la cosa mas leve y mas insignificante excita santos horrores y arcangélicas indignaciones.

Yo pregunto: ¿tan terrible es el mundo que se necesita una pared de piedra para que no llegue su aliento hasta el alma beatífica que se encelda y no la envenene? Y en definitiva, ¿qué importan esas paredes para el pecado? ¿No acompaña á toda alma un Satanás que la tienta siempre, que la prueba siempre? ¿Dónde hay mayor atormentador, dónde hay mayor demonio, y permítaseme la frase, que el pensamiento cuando se empeña en presentar siempre la misma idea, el mismo objeto, la misma manzana tentadora? El mundo está dentro del alma, no está fuera.

Un poeta de nuestros dias lo ha dicho en dos versos que serán eternamente gráficos:

Que el espectáculo está
Dentro del espectador.

Tantas juventudes allí enterradas, ¿porque se sepulten allí, dejarán fuera sus deseos, sus voluntades? ¿No las llevarán allí donde vayan ellas? La naturaleza humana es la misma, ora en el mundo, ora en el claustro. Yo me atrevería á decir que el mundo es mejor que el claustro porque con el claustro debe suceder algo de lo que sucede con los torrentes detenidos un momento; se desbordan al cabo y destruyen una comarca entera.

La oracion es muy buena á solas; así dijo el buen Maestro que se hiciera. El recogimiento es excelente. Pero para orar á solas, ¿hemos de encerrarnos para siempre? El precepto hecho para una hora, ¿hemos de convertirle en precepto de toda la vida? ¿Y acaso el recogimiento se obtiene porque el sitio sea mas ó menos apartado, porque el muro que nos separe de las gentes sea mas ó menos espeso? Si el alma no está llena de paz y de tranquilidad, no hay recogimiento posible. ¡Cuántas veces un fraile ó una monja habrán asistido al coro, á maitines, á vísperas, y el huracán de su alma les habrá impedido acordarse de Dios!

Dios baja á todas las almas, encuéntrense donde se encuentren, entre paredes ó al aire libre, siempre que le llamen de buena voluntad. Con lo que debemos levantar un muro que nos separe de las miserias del mundo, es con la fe de Jesucristo. ¡El muro que nos separe se esconden detrás de paredes y de murallas. Ella es el escudo en todos los combates, la victoria en todas las batallas.

Celdas, prisiones de almas y de cuerpos, ha mucho tiempo que habeis cumplido vuestras dos misiones, religiosa é histórica, y debeis morir. Debeis abrir vuestras puertas é inundaros de sol. El sol es la mejor parte de la vida física, la fé es la mejor parte de la vida moral. Es á su vez el sol de ella. Si se trata de celdas, de encierros, de prisiones, ¿qué mejor celda y qué mejor prision para una fé omnipotente que el alma del hombre hecha templo del Dios vivo?

LA MENTIRA Y LA TEOLOGÍA ROMANA.

«Hicieron que su lengua, que su arco, tirase mentira, y no se fortalecieron en verdad en la tierra; porque de mal en mal, procedieron, y me han desconocido, dice Jehová.»—(Jer. ix, 3.)

Si la calumnia se presentara á la conciencia sin antifaz, los hombres, aun los mas ruines, escupirían al rostro de la difamadora; pero si encubierta con el manto dorado de la sacerdotisa se presenta, entonces ya es otra cosa, el mundo, que se paga mucho de lo exterior, la respeta, la sonríe cuando menos, y si es ignorante la cree á piés juntillos y la apoya con fanatismo.

Los protestantes, los hijos del Evangelio patrocinan la inmoralidad. Este es el grito dominante en las aulas de los teólogos de Loyola. Y el sacerdocio romano que empieza á vivir en ellas, que en ellas se desarrolla hasta serle ya casi imposible la retirada, que fuera de lo que en esas aulas se dice no quiere vivir, el sacerdocio romano vá repitiendo por todas partes ¡protestantismo! ¡inmoralidad! ¡mentira! ¡Atrás, dicen los hijos del Evangelio! Tú eres la calumnia, aunque vistas de sacerdote. Los protestantes no patrocinan la inmoralidad, son y se llaman protestantes, tan solo porque rechazan todas las complacencias que el escolasticismo romano tiene con la inmoralidad, y entre otras muchas, no es la de menor consideracion la que motiva este artículo.

La teología de Roma enseña á la humanidad que la mentira es la mancha ligera que se limpia con el arco, ó con el nap. *bandito* immoral que esta doctrina, y si la templanza no lo prohibiera, los que la profesan, inmorales debieran ser llamados como son anticientíficos, tanto cuanto es anticristiana la teoría.

¿Cómo ha de estar conforme con la ciencia quien pretenda que la mentira es el pecado leve, perdonado por oír sermon; y esto aunque el sermon sea como muchos que hoy llenan el mundo de hilaridad, por no llenarlo de asco, ú otros peores, puesto que el texto de la doctrina romana dice: oye sermon, cristiano, que por solo esto te son perdonadas tus mentiras.

¡Oh! ante esta declaracion, la verdad oculta su frente augusta. Ni vale paliarla con esponer que se trata solo del mentir por deleite, del mentir solo por utilidad y sin el ánimo de hacer daño; principio tan piadosamente hipócrita es el que tiempo há viene fomentando esa formidable inmoralidad en los pueblos cristianos, y haciéndolos mentirosos, incorregibles, cuando les asegura que son tan fácilmente justificables sus mentiras. No: la ciencia no puede contemporizar de modo tan escandaloso con la inmoralidad de los hombres, con las debilidades humanas.

La filosofía debe decir y dice al mentiroso: cuando mientes, eres reo de lesa verdad; porque la ahogas miserablemente, tan miserablemente, cuanto sea liviano lo que motiva tu mentira: cuando mientes, sea oficiosa, ó jocosa tu mentira, eres mentiroso, el peor enemigo de tu bienestar, de tu buen nombre, de tu presti-

gio; porque cuando vas contra tu mente, para engañar, comprometes para siempre tu palabra, todos tus intereses, porque, ¡oh mentiroso! quieres que de tí siempre se dude, por aquello de que «el que hace un cesto hace ciento.»

Si, este es el resultado necesario de la mentira, el dudar con justicia de la palabra mas solemne del mentiroso. ¿Cómo no condenará severamente la ciencia al hombre que la dice? ¿Cómo no condenará á todo su desprecio al que se impone el deber réprobo de decir la y de decir la en público como en la vida privada, y de decir la en serio como entre chanzas, y de decir la en los lugares mas venerandos, lo mismo que en las plazuelas? ¿Cómo contemporizará así la ciencia verdadera con la mentira? Una pregunta.

¿Por qué desconfía el hombre del hombre, el hermano del hermano y el ajeno del ajeno? Porque puede decirle con fehcientes: no debo creerte, porque has mentido. ¡Mentiroso! no se subleve tu dignidad; la renuncias cuando mientes: y por tu mentir, como basada está la sociedad en que vives en la mútua confianza, tu mentir hace que el hombre desconfie de los hombres; tu mentir es la piqueta demoledora de los cimientos sociales.

Así habla y así condena la ciencia á la mentira. Y si la ciencia es así, ¿cómo no condenará el Evangelio tanta y tan atrevida inmoralidad. Al sacerdote romano pueden decirle sus feligreses cuando mientan, esto nada vale; se limpia con el hisopo; miento por evitar disgustos en mi familia, miento por ganar un ochavo mas en mis negocios, miento tan solo por distracción, miento sin pensar siquiera que miento; ¡se limpia con el hisopo! ¿qué importa? Y á fé á fé que habrá de encojerse de hombros el sacerdote de Roma. No, cristiano, todo lo contrario enseña Jesucristo en su doctrina. No se contenta con prohibir la mentira en el Levítico, (1) en la carta á los Efesios, (2) en la de los Colosenses, (3) y en la universal de Santiago, (4) No se contenta con condenarla por Moisés, (5) en la Ley escrita y por el apóstol Pablo en la buena nueva de gracia, (6) ni se cansa de repetir que el diablo, el incansable enemigo del bien del hombre es quien lleva á los hombres á la mentira: (7) asegura que es mayor mal que la pobreza; (8) que es la puerta de los grandes crímenes (9) que es la apostasía, asegura una dos y tres veces (10) de los que pretenden ser ella otra cosa de lo que es. Asegura que la mentira es el pecado que Dios aborrece de toda verdad, (11) el pecado que hace á los hombres enemigos de Dios, el pecado que se condena con eterno remordimiento. (12) Como lo fué condenado el padre de la mentira. (13) Tan justo es el Evangelio con la mentira y con el mentiroso enemigo de sí mismo y de la sociedad. Tan distante está la doctrina evangélica de la teoría romana. Siempre yerra el que busca mas sus intereses que los de la verdad. No: el hijo del Evangelio no puede contemporizar ni con la mentira, ni con el mentiroso tampoco. El cristiano debe aborrecer la mentira y la aborrece y ora para verse preservado de tan

peligrosa inmoralidad. Tal es el cristiano. Tal la doctrina de su Maestro divino.

ANGEL B. FERNANDEZ.

EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

El día 2 de noviembre se celebra en España una de esas romerías que tanto caracterizan á nuestro pueblo. Pero la romería de este día tiene un carácter tan especial, como lo es el objeto que la motiva. En los días de San Juan, San Pedro, la virgen del Carmen y otros, suele entregarse el pueblo á toda clase de diversiones, única manera que tienen de rendir culto á sus santos. El 2 de noviembre, día consagrado al recuerdo de los difuntos, viene á ser también un día de broma para la mayor parte, sin que el lúgubre tañido de las campanas, que desde la víspera no cesa de atronar al vecindario, sea capaz de alterar en lo mas mínimo los ánimos alegres.

Penetremos por un momento (con permiso del capellan) en un cementerio católico. Pasemos una rápida ojeada á los suntuosos nichos y catafalcos, trofeos que el orgullo eleva, pero que el tiempo igualmente destruirá; contemplamos con ternura á una cariñosa madre, que junto con una lágrima coloca una guirnalda de siemprevivas sobre la tumba de su caro infante, á cuya prematura muerte consagra este recuerdo. Mucho tiene que contemplar en esta estancia, no sé si decir, la piedad ó la ociosidad. Pero un buen católico nos sacaría de nuestra distracción profana, y nos invitaria hacer algo por el provecho espiritual de los difuntos, bien entrando en la capilla de las misas, bien siguiendo algun capellan en la escursión de los responsos. Pero examinemos la esencia de esta fiesta, y con los ojos de la fé y de la razon, veremos que un campo santo en este día no es ni mas ni menos que un mercado, pero un mercado cuyos tráficos son de mal género. No ha sido suficiente esplotar al hombre en vida, sino que es preciso ir tambien al borde del sepulcro cual otro Caronte á recibir la última moneda para entrar en la eternidad. ¡Pobre pueblo, eres demasiado bueno! Para pintar tu buen corazón basta decir que las familias mas urgentes, aun aquellas que se sostienen de la mendicidad, rara es la que en este día no se priva del todo ó parte de lo indispensable para la vida, invirtiendo sus escasos recursos en una vela de cera, en un poco de aceite, y si no tienen lo suficiente para una misa, nunca faltan cuatro cuartos para decir un responso; todo esto con el objeto de aliviar los sufrimientos de las pobres almas del purgatorio. ¡Pobres criaturas! Y vosotros, miserables mercaderes, ¿no os conmueve la vista de tantos desgraciados cubiertos de arapos, sin hogar, sin lecho y sin pan? ¿Todavía vuestra opulenta mano se abre para recibir la moneda del pordiosero? Si es preciso hacer algo por el alma de los difuntos como decís, *ut á peccatis solvantur*.

Demos una idea de la fiesta principal. Todos los cementerios tienen su capilla. Allí se celebran misas todas las que se pueden decir, esto es, segun el número de presbíteros. La Santa Iglesia romana concede en este día á los curas que digan tres misas; solo este día y el de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo se pueden decir tres misas; los demás días una sola. Yo veo la misma razon para decir tres, que para decir sesenta; pero en fin, como decia un célebre romano, *Petrus per Agathonem locutus est*; habló Roma, no hay lugar á la discusión. Sabido es que el católico romano tiene toda su fé en la misa, puesto que en ella se inmola á Jesucristo, cuya sangre purifica las almas del purgatorio. Esta es la causa que en este día apenas se encuentra un sacerdote que no tenga misas de encargo. Y pregunto yo: ¿si el sacrificio de la misa vale tanto, puesto que en él se ofrece el cuerpo y la sangre de Cristo, si una sola gota de la sangre de Cristo hubiera bastado para salvar mil mundos posibles, cómo se admiten esas mandas, postrimera volun-

tad de los difuntos, ó capricho de las familias ó testamentarios que constituyen centenares de misas? ¿Existe algun sacerdote en el mundo que haya dicho mi conciencia me impide recibir mas del valor de una misa aplicable por un alma? De seguro que no. Además, hay altares que se llaman privilegiados, en que se lee esta inscripción. *Aquí se saca ánima del purgatorio*. Pues todos estos privilegios se encuentran en el cementerio; todos estos consuelos hallan los fieles que á ellos acuden en este día. Los que no tienen posibilidad para encargar misas, tambien tienen donde emplear su óbolo; antes ó despues de decir misa, varios presbíteros armados de *sobrepelliz, estola, hisopo y ritual*, hacen una escursión por las sepulturas, y la gente del pueblo les manda decir un responso (previos cuatro ó seis cuartos) por el alma de sus deudos ó amigos. En esta tarea se ocupa el cura hasta que por fin se dirige al hoyo grande. El hoyo grande ya saben nuestros lectores que es una gran sepultura donde se amontona algun centenar de cadáveres. A este sitio vienen á parar todos aquellos necesitados que no pueden pagar sepultura especial. Sobre esta inmensa y dilatada sepultura, se halla colocado un tapete negro, en cuyo centro á su vez está una bandeja donde los fieles vienen á depositar sus ofrendas á cambio de responsos. El sacerdote se detiene aquí unos momentos, modula algun *Ne recorderis peccata mea Domine*, y por último cansado de andar y responsear, y los fieles de pagar responsos, unos y otros abandonan el campo santo. Los curas se marchan llenos de satisfacción, puesto que este día ha sido uno de los mas productivos del ministerio. La demás gente recoge la cera sobrante y algunos otros utensilios que han servido para dar mayor realce á la fiesta. Ahora bien, querido pueblo, reflexiona cuál ha sido el bien que has procurado á tus difuntos. Examina detenidamente y verás que fuiste al campo santo con luces y estas se consumieron ó se apagaron, que llevaste dinero, y te vuelves sin él. Considera que la misma calma que tenían los sepulcros antes de depositar en ellos tus ofrendas y decir tus misas, esa misma calma reina y reinará. Levanta la vista á la puerta de tus campos santos, y lee la inscripción que en la mayor parte de ellos se encuentra, donde dice: *Bienaventurados los que mueran en el Señor*. Recuerda que vuestros muertos son bienaventurados si han muerto en el Señor; si esta ha sido su muerte, para nada necesitan del resplandor de los cirios, pues no admite parangon con la luz divina; si están en el cielo no necesitan misas ni responsos; y si vuestros difuntos no han muerto en el Señor, estad seguros que la claridad de las antorchas no penetra en los abismos; vuestras preces y demás prácticas piadosas son impotentes para que Dios cambie su justicia. Tiempo es ya que la mina del purgatorio concluya su filón; ya es hora de abrir los ojos á la clara luz del Evangelio. Venid y ved; abrid las Sagradas páginas y decid estas palabras á vuestros esplotadores, trasmitiéndolas luego á vuestro corazón: *Siendo justificados gratuitamente por su gracia; por la redención que es en Cristo Jesús; al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fé en su sangre; para manifestación de su justicia; atento haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados. Con la mira de manifestar su justicia en este tiempo; para que Él solo sea el justo, y el que justifica al que es de la fé de Jesús*. Así que nosotros somos justificados por medio del perdón de nuestros pecados en este mundo, no mas allá. ¿Qué es lo que nos justifica? La sangre de Jesús. ¿Como nos la apropiamos? Por medio de la fé. Adquiramos, pues, esa fé, y nosotros moriremos en el Señor, ciñendo nuestra frente la corona de la inmortalidad.

FELIPE OREJON DELGADO.

SEPARACION DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO.

(Conclusion.)

La teoría que sostiene la necesidad de la union

- (1) Lev. xix, 11.
- (2) Efes. iv, 25.
- (3) Col. iii, 9.
- (4) Sant. iii, 14.
- (5) Lev. vi, 3.
- (6) 1.ª Tim. i, 9, 10.
- (7) 1.ª Rey. xxii, 22, 23; 2.ª Crón. xviii, 21; Hechos, v, 3.
- (8) Prov. xix, 22.
- (9) Ose iv, 1, 2.
- (10) 2.ª Tes. ii, 9; 1.ª Tim. iv, 2; 1.ª Juan, ii, 22.
- (11) Prov. vi, 16, 19; xii, 22.
- (12) Apoc. xxi, 8.
- (13) Gén. iii, 4; 2.ª Cor. xi, 3.

de la Iglesia y del Estado, es una teoría importada del paganismo. Bajo su influencia la Iglesia tiende á convertirse en Estado, y ni queda bastante libertad á este para moverse libremente en su esfera, si la Iglesia lo domina, ni la Iglesia llena su divina misión en la tierra cuando el Estado se convierte en su tutor. Hemos probado una de estas aseveraciones; tratemos ahora de probar la otra.

Las invasiones de los bárbaros fueron favorables á la Iglesia, la sola institucion que aun permaneciera de pié en medio de las ruinas del imperio romano. Los vencedores se detuvieron llenos de respeto ante la ciencia, la tradicion y el poder moral del clero que descollaba entonces tanto mas, aunque corrompido, cuanto mayor era la degradacion de todas las instituciones y poderes que le rodeaban.

Mas el clero no hubiera llegado á ser lo que fué sin el advenimiento al trono de Francia de los carolingios, y sin la invencion de las falsas decretales. Carlomagno, el hombre mas ilustre de esta familia, libertó á Roma de los lombardos que la amenazaban con sus armas, y de las pretensiones del imperio de Oriente que la molestaba con sus exigencias. En cambio de tanta complacencia el Papa otorgó al emperador la corona imperial, y la aprobacion de todos sus actos en la expedicion contra los sajones. La Sajonia fué dividida entre el ejército de obispos y clérigos que marchaba á retaguardia del ejército imperial, y los sajones prisioneros, unos fueron pasados á cuchillo, y los demas bautizados contra su voluntad, por aquellos misioneros de nueva especie. Así se ratificó en Sajonia á la luz del incendio y en medio de los ayes de los vencidos, el solemne tratado hecho entre el pontificado y el imperio.

Las *Falsas decretales* reconocidas por falsas aun por los mismos católicos, vinieron á tiempo no para dar mas poder al clero, sino para agruparlo alrededor de un jefe, que lo fué el obispo de Roma. Publicadas en los siglos mas oscuros de la Edad Media, nadie se levantó para criticar la obra de un falsario: cuando este tiempo llegó, el objeto que su autor se propuso quedaba conseguido. El Papa fué el sol del pueblo cristiano, y los obispos, arzobispos, y demas *representantes* no fueron mas que los brazos que giraban en torno suyo, y que de él recibian calor y vida.

Cuando Roma vió asegurado su poder, solo pensó en mantenerlo sirviéndose para este fin del brazo del Estado. ¡Ay de aquel que se atrevia á poner en duda el conjunto de dogmas fabricado por la Iglesia! Todos podian defenderlo; mas ponerlo en duda, jamás. ¿Y qué resultaba de estas trabas puestas al pensamiento? Que los teólogos se perdian en vanas sutilezas; y si bien hubo hombres de génio como un Tomás de Aquino, un San Buenaventura, ó un Alberto el Grande, la inmensa mayoría perdía su tiempo y su fuerza en cuestiones fútiles é indignas de hombres ilustrados.

En los primeros siglos del cristianismo, cuando se presentaba una herejía cualquiera, los defensores del cristianismo histórico la combatian con su pluma ó con su palabra, y el Estado ni aun siquiera se apercebía de las luchas intelectuales que sostenian unos cuantos ciudadanos. Pero desde que la Iglesia dominó en el Estado, empezaron las persecuciones violentas, las prisiones, los destierros y la muerte. ¡Qué historia tan triste la de la Iglesia unida al Estado! ¿Conoceis la cruzada contra los albigenses? ¡Qué guerra tan impía! Cualquiera que fueran las ideas de los habitantes del Mediodía de la Francia, ¿estaba la Iglesia autorizada á hacer derramar tanta sangre? Representaos á aquellas hordas de aventureros venidos del Norte con la sola idea de robar y de exterminar; á aquellos soldados cruzados que un nuncio del Papa dirigia para absolverlos de cuantas infamias pudieran cometer, con tal de que exterminaran á los enemigos de Roma, y tendreis una idea de lo que debieron hacer unos soldados á quienes la impunidad alentaba. «Matadlos á todos, que Dios reconocerá á los suyos» decia el legado del Pontífice á los soldados que le preguntaban cómo reconocerian á los fieles ca-

tólicos que pudieran encontrarse en Beziers confundidos con los malos.

El Mediodía de Francia fué devastado, y de su brillante civilizacion solo queda la mencion que de ella hace la historia. ¿Hubiera acaecido tamaña catástrofe, si el Estado se hubiera encontrado separado de la Iglesia?

Roma triunfó en tiempo de Inocencio III de todos sus enemigos; pero su terrible enemigo, el buitre que roía sus entrañas, era su propia corrupcion. Todas las almas rectas sentian que se hacia necesaria una reforma. Para conseguirla se reunen varios Concilios en el siglo XV. ¡Qué espectáculo tan triste ofrecia la Iglesia de Roma! Sin saber cómo, la cristiandad se encuentra con dos Papas que mutuamente se escomulgan. Un Concilio se reúne para poner término á la division, y en vez de dos Papas el mundo se encuentra con tres; y como el imperio unido con la Iglesia no podia permanecer neutral en la lucha, el emperador Segismundo apoyó al último Papa nombrado por el Concilio. De aquí nacieron disturbios y guerras que no hubieran existido á no haber intervenido el Estado en estas cuestiones espirituales.

Por este tiempo empieza un sacerdote bohemio á censurar los abusos del clero y á criticar algunos dogmas de la Iglesia, y para que esponga sus ideas le ordenan que comparezca ante el Concilio reunido en Constanza. Los amigos del reformador dudan de la buena fé de los sacerdotes y exigen para que Juan Huss vaya á Constanza dos salvos conductos, que son otorgados, uno por el emperador y otro por una dignidad eclesiástica. Juan Huss se presenta delante de los representantes del mundo cristiano, no quiere retractar sus ideas que él creia verdaderas, y á pesar de la palabra empeñada y del salvo conducto del emperador, el desgraciado muere en las llamas, víctima de la fidelidad á sus convicciones. La misma suerte cupo á su amigo y discípulo Jerónimo de Praga. Pero la sangre pide sangre. Los bohemios se indignan al ver la infame conducta del emperador y del Concilio; el terrible Zisca se pone al frente de los descontentos, derrota en varias ocasiones á los ejércitos imperiales, y la Alemania se convierte en un mar de sangre. Y ahora bien, decidme: ¿fué ventajoso para el Estado su union con la Iglesia?

No quiero molestaros con la narracion de las terribles guerras que asolaron á Europa con motivo de la protesta de Lutero. Pasemos á nuestra patria é indiquemos á grandes rasgos lo que le ha costado su union con la Iglesia romana.

La Inquisicion se estableció en España en tiempo de los Reyes Católicos. Su primera medida absurda, á la que el Estado consintió, fué la espulsion de los judíos; medida absurda porque los judíos eran hombres industrioses y hábiles; acto de negra ingratitud, porque ellos con su dinero habian ayudado á los Reyes Católicos á que realizaran la conquista de Granada. Llegó la hora de la regeneracion religiosa de Europa, y el protestantismo halló una muy favorable acogida en muchas poblaciones importantes de España, entre otras en Valladolid y en Sevilla. La Inquisicion dejó que estas doctrinas se extendieran, y cuando hubo contado á todos sus adeptos se decidió á dar un golpe decisivo. Las cárceles del *Santo Oficio* se llenaron de hombres ilustres, cristianos fieles y decididos que pagaron con su vida su profundo amor hacia Jesucristo. En el primer auto de fé celebrado en Valladolid el 21 de mayo de 1559, el inquisidor D. Francisco Baca se aproximó á la regente gobernadora doña Juana, que presidia por ausencia de Felipe II, y le hizo prestar juramento «que favoreceria en todo tiempo y lugar al Santo Oficio y que le daria estrecha cuenta de lo que obrara ó dijera contra la fé y de lo que oyera decir ó viera hacer á otra cualquiera persona.» En el auto de fé verificado en la misma villa el 8 de octubre del mismo año, el rey Felipe II prestó el mismo juramento: desde entonces Roma mandó en España y los reyes de esta hidalga nacion se convirtieron en espías de sus súbditos. ¡Qué oprobio! A la intolerancia religiosa, fruto del poder de Roma en España, se debió la pérdida de los Países

Bajos que solo pedian para vivir en paz la libertad de conciencia á que tiene derecho todo hombre. En vano para reducirlos á la obediencia envió Felipe II contra ellos al famoso duque de Alba; en vano este general hizo morir en seis años muy cerca de 18.000 personas; los insurrectos triunfaron y España perdió una de las mas preciadas joyas de su corona.

A la intolerancia religiosa, resultado de la union de la Iglesia y del Estado, se debió la sublevacion de los moriscos en las Alpujarras. Para forzarlos á que recibieran las aguas del bautismo se les privó de sus usos, de su lengua, de sus trages y ceremonias; la protesta de los oprimidos costó á España dos años de guerra, mucha sangre vertida, y mucho oro gastado sin fruto de ningun género.

Después, por consejo del duque de Lerma y del patriarca de Antioquia, se espulsó de España á un millon de moriscos, los verdaderos agricultores de la nacion.

La unidad religiosa fué una verdad en apariencia en nuestra pobre patria. El pensamiento quedó proscrito de ella. Cualquiera que se atrevia á saber mas que los hombres del Santo Oficio tenia que soportar su enojo. España se empobrecia mas y mas cada dia á medida que aumentaba el número de frailes, y podeis calcular los grados de miseria á que llegaria sabiendo que solo dos órdenes religiosas, la de Franciscanos y Dominicos, contaban 32.000 individuos. ¡Y aun se encuentran hombres que defienden esos principios que tan fatales consecuencias han dado!

Pues bien, hermanos míos, nosotros no lo defenderemos. Es suficiente el ensayo de 15 siglos que de ese principio se ha hecho. Ha sufrido mucho el mundo, ha sufrido mucho nuestra patria para que no busquemos otra solucion. Esa solucion ya la conocéis. Completa libertad religiosa y absoluta igualdad de cultos delante del Estado, que no debe perseguir ni favorecer una religion con menoscabo de las otras: ahí teneis nuestra divisa. Y si se nos pregunta ¿qué será de la religion, que será de la religion cristiana cuando el Estado deje de protegerla? Nosotros contestaremos: sea de ella lo que quiera. Si es humana, perezca la religion de Cristo: si es divina, ella triunfará sin la proteccion del Estado que la debilita y empequeñece, porque será su apoyo su glorioso y divino fundador. He dicho.

CARTA AL CANÓNIGO DOELLINGER.

El movimiento religioso separatista se acentúa cada dia mas en Alemania, como ya repetidas veces lo hemos manifestado. Y como en mas de una ocasion hemos expresado el deseo de que los sacerdotes españoles se adhieran á esa reforma de la Iglesia, tenemos la mayor satisfaccion en dar á conocer á nuestros lectores la siguiente carta de un presbítero español que ya han publicado algunos periódicos:

Ha sonado la hora de la reforma. Ha llegado el feliz momento en que el pueblo escuche la verdad por boca de los ministros verdaderos del Evangelio. Ha llegado el dia de la restauracion del primitivo cristianismo..... La voz pública se levanta imponente y majestuosa, para ensalzar la virtud del sacerdocio cristiano y anatematizar la hipocresia, el fanatismo, la supersticion y el interés del clero corrompido de nuestro siglo.

Es una verdad innegable, querido compañero Doellinger, que la inmensa mayoría del clero católico, al cual pertenecemos, se ha relajado en sus costumbres, ocasionando con su escandalosa conducta la pérdida de la fé en las personas ignorantes y el desprecio de todos los hombres, siendo esto la causa principal de que se vea con indiferencia y aun con prevencion el catolicismo, que ha producido siempre hombres de probidad, ilustracion, honradez y piedad sólida, que llevados de las sanas ideas de la ciencia y la razon han trabajado con la mayor constancia por reformar las costumbres de la corrompida Roma, que ha sido siempre la fuente de todos los males y el escándalo de las demas Iglesias.

La virtuosa Iglesia de Alemania levantó con este

motivo há mas de un siglo su opinion contra los Pontífices romanos, que han sido en todas las épocas opresores despóticos del verdadero cristianismo, como se deja ver al estudiar imparcialmente la historia del Pontificado.

Eterna será la memoria del ilustrado obispo sufragáneo de la metrópoli de Tréveris, Juan Nicolás de Honstein, que animado por la idea de la union de los católicos disidentes, dió á luz su escrito en 1763, *Sobre el estado de la Iglesia y la legítima potestad del Pontífice romano*.

Los cristianos verdaderos se unieron á la opinion general de su Iglesia en estos puntos:

«1.º Que la potestad eclesiástica no fué conferida por la Divinidad á un solo individuo con carácter de infalibilidad y con autorizacion para promulgar leyes obligatorias para todos los fieles, sino que fué concedida á la Iglesia universal, que la ejerce por conducto de sus ministros.

«2.º Que el obispo de Roma, cabeza visible de la Iglesia, ocupa el puesto mas elevado y preferente entre sus ministros; pero que su potestad puede trasladarse por la misma Iglesia á cualquiera de los obispos.

«3.º Que la institucion del Pontificado romano no tiene mas objeto que el de mantener la unidad de la Iglesia.

«4.º Que las prerogativas del Pontificado se limitan únicamente á las necesarias para el mantenimiento de la union sobredicha, como su presidencia en los Concilios generales, sus facultades para mantener las leyes eclesiásticas y proponer otras á la misma Iglesia, siempre que esta lo juzgase necesario.

«5.º Que la confirmacion ó traslacion de obispos, la apelacion de sus sentencias á la Santa Sede, y otros derechos accidentales, redundan en perjuicio de las Iglesias particulares y de los obispos, apoyándose esto en las *Falsas decretales*.»

Estas mismas ideas vienen en conformidad con las de la inmensa mayoría de los cristianos que queremos probar la soberanía de la Iglesia atacando el dogma de la infalibilidad particular del Pontífice, prerogativa que exclusivamente pertenece á la Iglesia universal y no á uno solo de sus ministros, por mas que este sea superior á todos los demas en dignidad. Así como vemos que la cabeza y el cuerpo con todos sus miembros forman el hombre, de la misma manera la cabeza de la Iglesia, que es el Papa, unido con todos los miembros que forman las demas Iglesias, hacen el conjunto de Iglesia universal ó católica.

La Roma de los Pontífices, querido Doellinger, ha osado proclamar á su obispo *infalible*; sedienta de oro y de poder, descuidando el cumplimiento de sus mas grandiosos deberes, ha visto con la mayor indiferencia las decaídas costumbres del cristianismo y los mil y mil abusos introducidos en el santuario. La Roma de los Pontífices, denominada por el espíritu soberbio del jesuitismo, no ha querido ceder á los adelantos del progreso humano y á la ilustracion de nuestro siglo como lo ha probado el *Syllabus*. La Roma de los Pontífices, siempre intolerante, no se ha ocupado jamás de la causa de los pueblos y ha prestado siempre su ayuda para sostener los derechos abrogados por los reyes y los déspotas tiranos de la humanidad. La Roma pontificia ha hecho hasta hoy un vil comercio y simonia con las cosas santas de la religion, separándose por completo en su conducta de las virtudes que adornaron á los primitivos creyentes de las catacumbas, ocasionando con sus repetidos abusos y escándalos la separacion de una gran parte de nuestros hermanos en todas las Iglesias del orbe católico, y haciendo que una inmensa mayoría siga la escuela del *indiferentismo religioso* que prepara inmensos males á la sociedad por hallarse esta mas decaída cada vez á causa de la general corrupcion de las costumbres.... por la falta de fé y de creencias religiosas.... ¡Triste espectáculo!

Roma sucumbió en su imperio grandioso porque sucumbieron sus dioses y acabó su teología pagana. Roma ha sucumbido en su poder temporal de los Pontífices, porque se acabaron las virtudes del Evangelio y por el atrevimiento de un Pontífice que pretende hacerse infalible. De esta manera la historia viene á poner como de relieve el gran principio que está en lo mas hondo del abismo de la conciencia humana. En el primer imperio, Roma dió al mundo sus Césares y sus di-

ses, y el sol que había visto levantarse y caer ajigantados imperios no había visto ninguno desde el día de su creacion de tan augusta magestad y de tan estraña grandeza. Las gentes todas habían recibido su yugo; habían doblado sus cervices hasta las mas ásperas y agrestes; el mundo todo había depuesto las armas y la tierra guardaba silencio.

Nace un niño que llamó la atencion del orbe con sus prodigios; que fué adorado de pastores y reyes, y que llenó de sobresalto y temor á los servidores de César. Cuando el niño se hizo hombre, se reunió con doce pescadores de la Galilea y comenzó á predicar una doctrina jamás oída.

Llamó hipócritas y soberbios á los sacerdotes y fariseos; aconsejó á los pobres la paciencia; desdeñó á los sábios del siglo por reunirse con los groseros é ignorantes; condenó la fornicacion y el adulterio, el robo y el crimen, y encargaba á sus discípulos el amor diciéndoles: *Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial; haced bien á los que os hacen mal; perdonad á vuestros enemigos; orad por los que os persiguen y calumnian*. (1)

Las turbas del pueblo le seguían, y escuchaban con gusto sus doctrinas.

Los guardadores de las cosas santas y de las prerogativas imperiales, responsables como eran, por razon de sus oficios, de la magestad de la razon, y de la paz del imperio, no pudieron permanecer impasibles á la nueva doctrina, y la venganza de sus enemigos le hizo sufrir mil y mil tormentos, muriendo ignominiosamente sobre el patíbulo de la cruz, lleno de vilipendios y ludibrios: allí se levantaron contra Él, con sus manos y con sus bocas, los ricos y los pobres, los hipócritas y los soberbios, los sacerdotes y los sábios, las mujeres de mala vida y los hombres de mala conciencia, los fornicadores y los adúlteros.... El Cristo murió en la cruz ¡símbolo venerado de la libertad! (2) pidiendo el perdón para sus verdugos y encomendando el espíritu á su Padre....

Vino una gran tranquilidad momentánea, y poco tiempo despues, los ojos de los hombres vieron cosas que jamás se habían oído. La abominacion de la desolacion en el templo santo; las matronas de Sion, maldiciendo su fecundidad; los sepulcros henchidos; Jerusalem sin gente; sus muros por el suelo; su pueblo disperso por el mundo, agitado por las aguijas de Roma dando al aire miserables alaridos. ¿Y Roma? ¡Ah! Roma sin Césares y sin dioses; despobladas las ciudades y poblados los desiertos de anacoretas.

La cruz fué levantada en triunfo, y la predicacion de doce pobres pescadores, tenidos por necios, conmovió el mundo y plantó la religion del Crucificado llenando de bienes á los pueblos.

Con el tiempo todo ha cambiado; Roma, centro del catolicismo, se ha convertido en centro del vicio y del interés humano; se han olvidado ya las lecciones de los primeros creyentes, y por lo tanto el mundo se ha conmovido. Roma, que debiera trabajar por el bien general de la Iglesia, solo se ha preocupado por su poder temporal perdido, pensando en los medios de recuperarlo, sin fijar sus miradas en la situacion deplorable del cristianismo. Los obispos, en su mayor parte, se han convertido en tribunales y políticos, llenos siempre de orgullo despótico y soberbio; y la multitud de nuestros compañeros, los sacerdotes, no se atreven á la *regeneracion* de la Iglesia, unos por egoismo, otros por respetos humanos; una gran parte por cobardia y la mayoría por ignorancia, por interés y por fanatismo. Las nobles causas, como los grandes hombres, infunden admiracion y respeto; así la noble causa de la reforma del clero y de la Iglesia será seguida por los falsos sacerdotes y fieles discípulos del Evangelio. Vuestro programa, querido Doellinger, dará dias de gloria al cristianismo: cesará la tiranía episcopal, y la Iglesia, dejando esas formas mundanas y políticas, volverá á su primitivo estado, siendo soberana y libre en el ejercicio de su autoridad espiritual. Es indispensable hacer grandes reformas: hay que separar en absoluto la Iglesia del Estado; el poder de la predicacion; lo temporal

(1) Sentimos que el autor haya omitido una parte de la enseñanza de Jesucristo, la mas esencial, que consiste en creer en Él para obtener la vida eterna por su sacrificio expiatorio. (La Red.)

(2) Símbolo venerado de la libertad; mas sobre todo de la redencion. (La Red.)

de lo espiritual. Todos los que lleguen á estar convencidos de lo noble y grandioso de nuestras ideas estudiarán con calma nuestras razones, sin dejarse llevar de la pasion, sino de la imparcialidad, de la razon y la justicia, y se unirán á nuestra empresa.

Muchos de nuestros enemigos principales serán los obispos, que cual escribas y fariseos anatematizarán nuestras doctrinas, como estos impugnaban las del Cristo; pero el pueblo verá nuestra conducta y hará justicia: á él apelamos para que se una á nosotros. Hé aquí el programa de la reforma de la Iglesia española, suscrito por nuestro hermano el celoso presbítero Aguayo.

«1.º Pureza en la doctrina cristiana como resplandece en el Nuevo Testamento, exclusion hecha de lo añadido por los Concilios, bulas decretales y Encíclicas.

«2.º Separacion é independencia de la Iglesia y el Estado.

«3.º Eleccion por sufragio universal para los cargos eclesiásticos.

«4.º Abolicion de la lengua latina en los cultos; abolicion del celibato forzoso de los clérigos, y abolicion de toda tarifa en la administracion de Sacramentos y servicios eclesiásticos.

«5.º La Iglesia se gobernará por sí misma, celebrando al efecto Asambleas periódicas ó Concilios.»

Nosotros estamos resueltos á trabajar por la reforma en estos puntos indispensables, reconociendo las ideas sostenidas en el Congreso de Munich y atacando el jesuitismo, origen de los trastornos religiosos.

Recibid, querido Doellinger, nuestros homenajes de admiracion y respeto, y ofrecedlos en nuestro nombre á nuestros hermanos....

Vosotros habeis comenzado la obra en Alemania defendiendo la soberanía de la Iglesia universal: muy pronto presenciaremos España un Congreso de católicos sinceros, que luchan llenos de fé por plantear la Iglesia nacional, conforme con los dogmas del verdadero cristianismo, reconociendo «el derecho que tienen todos los católicos á intervenir en los asuntos interiores de su Iglesia».

Madrid 16 de Octubre de 1871.

J. A. DE ESCUDERO, presbítero.

EL PURGATORIO.

Para que no quede duda alguna sobre este asunto, citaremos algunos otros pasajes de la Palabra de Dios, que demuestran clara y terminantemente que Cristo, y solo Cristo, quitó nuestros pecados por su sangre. «En Él tenemos la redencion por su sangre, la remision de los pecados, segun las riquezas de su gracia.» (Efesios, i, 7.) Otra vez: «Cuanto mas la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció á sí mismo sin mancha á Dios, ¿limpiará nuestra conciencia de obras de muerte para servir al Dios vivo?» (Heb. ix, 14.) Y en otro lugar: «Si confesásemos nuestros pecados, fiel es y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.» (1 Juan, i, 9.) Leemos de los redimidos en el cielo, que son los que «lavaron sus ropas y las emblanquecieron en la sangre del Cordero.» (Apocalipsis, vii, 14.) En estos y en otros pasajes innumerables de la Sagrada Escritura, no se hace mencion alguna de otro modo de purgar los pecados, sino solamente por medio de la sangre de Jesucristo. Y es tal la virtud de esa sangre, que alcanza á borrar y limpiar «todos los pecados» y «toda la maldad», lo cual incluye, no solamente los pecados mortales, sino tambien los veniales. Por tanto, el creer, segun la Iglesia romana enseña, que algo queda para ser purgado y limpiado por las llamas del purgatorio, no es otra cosa que tachar la sangre de Jesucristo; es lo mismo que creer que la sangre de Cristo no limpia de todo pecado, que no es suficiente en su valor ó en su virtud; es lo mismo que creer que la sangre de Cristo ha hecho la cosa á medias y no puede hacerlo todo; es lo mismo que creer que el purgatorio puede perfeccionar lo que Cristo no pudo llevar á cabo, y que por lo mismo es mas eficaz que la sangre del Hijo de Dios.

Señor padre Cayetano; Vd. dice que cuando las Es-

crituras dicen que el Señor Jesús quitó y perdonó los pecados, solo quieren decir que quitó ó perdonó la criminalidad del pecado, mas no el resto del pecado; es decir, la obligación de sufrir la pena del pecado aun despues de perdonado. Y Vd., señor papista, quiere hacer creer que, aunque tenemos en Jesús el perdón de la criminalidad de nuestros pecados, no por eso se nos perdona el castigo que les es debido. Jesús quita los pecados; pero la absolución, la penitencia y el purgatorio quitan el resto ó el castigo del pecado. Si la tal opinion fuese exacta, se destruiría el Evangelio; porque el castigo de los pecados es lo que teme mas el pecador, y el Evangelio dejaría de ser Evangelio si no nos trajera la buena nueva de salvacion del castigo, al mismo tiempo que del dominio y de la criminalidad del pecado. Pero ¿cuál es la distincion entre perdonar el pecado y perdonar el castigo del pecado? Entendemos la cosa mejor citando apropósito el caso siguiente: Cierta persona ha sido reo de alta traicion contra su soberano; su crimen ha sido comprobado y él ha sido condenado á sufrir la muerte por traidor. El soberano, entretanto, usando de la prerogativa de merced, le concede al condenado un perdon pleno y gratuito. Al oír la buena nueva, el desdichado se enternece y su corazon se llena de reconocimiento, pues que el perdon ha sido firmado en debida forma, y él está regocijándose con la esperanza de la libertad y de la vida. Pero hé aquí que mientras espera la libertad le remachan los grillos con mas seguridad que nunca, y mientras espera vivir le traen al patibulo, donde se hallan el verdugo, y todos los preparativos hechos para ajusticiarlo. Al ver esto demanda la libertad y la vida que le concedió su soberano, y se le contesta que el soberano le perdonó la traicion, es cierto, pero no el castigo de la traicion. ¿No protestaría á gritos el desdichado, contra una burla tan cruel? Y todo hombre honrado, ¿no se levantaría contra este ludibrio y farsa de perdon? Y sin embargo, esta sombra de perdon, esta ficcion, esta burla cruel es la que la Iglesia romana atribuye á Jesucristo, en vez del perdon pleno y gratuito que él nos consiguió derramando su propia sangre. «Yo soy el que borra tus iniquidades por mi propia causa, y no me acordaré de tus pecados.» (Isaias, xlii, 25.) «Deshice como una nube tus iniquidades y como niebla tus pecados: vuélvete á mí, porque yo te reuniré.» (Isaias, xlii, 22.) «Se tornará y tendrá misericordia de nosotros, sepultará nuestras maldades y echará en lo profundo del mar nuestros pecados.» (Mich. vii, 19.) «Yo les perdonaré sus iniquidades y no me acordaré mas de sus pecados.» (Hebreos, viii, 12.) Este es el perdon del cielo. Así perdona Dios: remite el pecado y remite la pena del pecado, y un perdon que no alcanzara á esto sería un ludibrio cruel del pecador y un acto indigno de aquel que es el Príncipe de los reyes de la tierra.

No hay verdad mas cierta en toda la revelacion divina, que la de que Dios aceptó los sufrimientos de Jesucristo en lugar de los sufrimientos que nosotros merecíamos.

Jesús era prefigurado en todos los tipos de la ley antigua, en que se traía la víctima al altar en vez del trasgresor.

La víctima era aceptada en lugar del trasgresor; la víctima era muerta en vez del trasgresor, y su sangre, sus sufrimientos y su muerte se aceptaban en lugar de la sangre, los sufrimientos y la muerte de este. Todo representaba la expiacion que hizo «el Justo por los injustos.» Todo era el tipo de aquel que es nuestra víctima de sacrificio, «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.» Él ha sido muerto por nosotros: su sangre, sus sufrimientos y su muerte han sido aceptados en lugar de nuestra sangre, sufrimientos y muerte. «Ciertamente, él tomó sobre sí nuestros pesares y se cargó de nuestros dolores, y le reputamos como castigado, herido de Dios y humillado. Mas, fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fué por nuestros pecados, el castigo para nuestra paz fué puesto sobre Él, y por sus heridas fuimos sanados. Nosotros todos, como ovejas, nos han extraviado, cada uno se desvió por su camino, y el Señor cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros.» (Isaias, lxi, 4-6.) Este es el Evangelio, y al paso que consuela y alienta al creyente, destroza la ficcion de que Jesús remite el pecado sin remitir el castigo del pecado.

Las Sagradas Escrituras justifican completamente esta contestacion. El apóstol San Pablo dice: «Porque para mí, el vivir es Cristo, y el morir ganancia. Mas no sé en verdad qué debo escoger; pues me veo estrechado por dos partes: tengo deseo de ser desatado de la carne, y estar con Cristo, que es mucho mejor.» (Filipenses, i, 22-23.) Otra vez dice: «Sabemos que si nuestra casa terrestre de esta morada, fuese deshecha, tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, que durará siempre en los cielos. Por esto vivimos siempre confiados, sabiendo que mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor (porque andamos por fé y no por vision); mas tenemos confianza, y queremos mas bien ausentarnos del cuerpo y estar presentes con el Señor.» (2 Cor. v, 1, 6, 7, 8.) Y otra vez todavía: «Y oí una voz del cielo que me decía: Escribe. Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueren en el Señor; sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, y sus obras les siguen.» Estos pasajes, sin sombra de duda, demuestran que la felicidad y bienaventuranza de los justos se siguen inmediatamente despues de su muerte; demuestran que la muerte del Justo le conduce á la paz y al descanso, y esto no es el purgatorio; demuestran que le conduce á un estado en tal grado mejor y mas feliz que esta vida, que es mucho mas deseable morir que vivir, y este estado no puede ser el purgatorio. Leemos ademas las palabras del Redentor en la cruz, al ladrón arrepentido: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.» (Luc. xxiii, 43.) Y este no puede ser el purgatorio; porque en 2 Cor. xii, 2, 4, el paraíso es llamado el cielo, y en Apoc. ii, 7, es llamado la herencia de los justos y el lugar en donde está el árbol de la vida.

Los protestantes protestamos contra los libros apócrifos que no pueden provenir de Dios, ni ser su santa y eterna Palabra inspirada, porque en muchos puntos combaten el verdadero Antiguo Testamento, enseñando ademas la astucia y la mentira, la venganza y el suicidio, la magia y la vanidad, al par que á veces arruinan los sentimientos naturales de amor filial de los hijos respecto de los padres; se contradicen manifestamente, como por ejemplo, los Macabeos, que hacen morir un mismo rey tres veces, en tres lugares y de tres modos diversos.

Queda, pues, probado, por las Sagradas Escrituras, ~~coñecidos papistas, que no existe el tal purgatorio, sino~~ que su origen apareció el año 590 como dogma de la Iglesia romana, por Gregorio el Grande.

Cádiz 20 de Setiembre de 1871.

JOSÉ HERNÁNDEZ Y ORTEGA.

ORACION POR LA PATRIA.

Oh Dios, bendice á mi patria;
Que la luz del Evangelio
Resplandezca en las ciudades
Y en los pueblos mas pequeños;
Mira que la mies es mucha
Pero pocos los obreros:
Levanta muchos, Señor,
Leales, firmes y buenos;
Envia tu Santo Espíritu
Como una lluvia de fuego
Que resucite á la fé
A los que ahora están muertos;
Haz que Cristo, mi Señor,
More en millones de pechos,
Y llena la pobre España
Con las riquezas del cielo.

(Tomado de *El Cristiano*.)

MEDITACION.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.»
(Mateo, v, 6.)

La justicia reina en los cielos y es la voluntad de Dios que los hombres la deseen y la busquen tambien en la tierra. Buscad el reino de Dios y su justicia. La

justicia existe cuando se le dá á Dios lo que se le debe; porque entonces, por el amor de Dios, se concede al hombre, su criatura, cuanto Dios ordena.

«Mi comida es, decía Jesucristo, que yo haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.» Esta es la justicia; que hagamos de la voluntad de Dios nuestra regla, nuestro soberano principio de vida. Y cuando hacemos la voluntad de Dios, Dios hace la nuestra, como dice el Salmista. «Cumplirá el deseo de los que le temen,» y como el deseo de los que le temen es apagar su sed de justicia, Dios la apagará. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Para tener hambre y sed de justicia es necesario sentir en el alma haber ofendido á Dios. Los que están arrepentidos de sus faltas apartan su vista con horror de su pasado de tinieblas que no pueden borrar, y fijan sus miradas en lo porvenir que les aparece resplandeciente de luz y belleza, porque tal es la voluntad de Dios.

En ellos nace y se desarrolla el deseo de vivir una nueva vida, vida de obediencia á la ley de Dios ó á la ley de la justicia; vida de justicia y de santidad. Antes amaban el mundo y sus concupiscencias; ahora aman á Dios y sus bienes eternos, porque tal es la voluntad de Dios.

Antes se enriquecían por medios desleales y á expensas del prójimo; ahora restituyen los bienes mal adquiridos, y consagran una parte de sus ganancias á sus hermanos indigentes.

Antes vivían sin remordimiento una vida de impureza; ahora cuidan de su vida, de sus palabras y pensamientos, para que todo en ellos sea puro.

Antes lo sacrificaban todo á su propia gloria; ahora no buscan sino la gloria de Dios, de aquel que les ha amado desde antes de la fundacion del mundo, y les ha amado tanto, que ha dado á su Hijo al mundo para que los que en Él creen no perezcan, sino que tengan vida eterna.

Bienaventurados los que tienen esta hambre y esta sed de justicia, porque serán hartos, si no en esta vida, en la eterna, en donde la justicia no será dada con la plenitud del amor de Dios.

Mas en esta vida, ¿será que siempre tendremos sed de justicia? ¿No ha dicho Jesús á la Samaritana, «el que bebiere del agua que yo le daré no tendrá sed para siempre, mas el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte eterna?» Y en efecto, no tendrá sed porque no deseará otro placer, otra alegría que el que encuentra en Jesucristo. No tendrá sed de las cosas del mundo, mas nunca dejará de desear ese bien supremo que cada día querrá poseer de nuevo. Todos los días tiene sed, mas todos los días la apaga, porque á su alcance tiene la fuente que nunca para de brotar agua pura y cristalina.

Esa fuente, ese agua eres tú, divino Jesús, que por nosotros has dado la vida. Tú eres el agua y el pan de la vida, el agua que apaga la sed de la Samaritana y el pan que los galileos hubieran debido comer para no morir. Tú eres nuestro perdon y nuestra justicia. Tú envías el Espíritu que vivifica y regenera. Tú solo puedes hartar á los que tienen hambre y sed de Ti, y Tú lo harás tarde ó temprano, en el cielo ó en la tierra, Dios de sabiduría y de misericordia. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

LA IMAGEN YA LIMPIA.

Habiendo pasado cierto día á visitar á mi amigo el pastor de N., me encontré, al entrar en su estudio, con un joven que de él salía, cuya vista me produjo una impresion tan favorable que, con los ojos puestos todavía en él, no pude menos de exclamar, dirigiéndome á mi amigo: «Hé aquí un verdadero israelita, en el cual no hay engaño.»

—Efectivamente,—replicó él,—le sobra á Vd. razon al calificarle así. Es mi evangelista, Guillermo S., uno de los hombres mas celosos y constantes en la obra del Señor. Católico romano por nacimiento y educacion, plugo á Dios conducirlo á la luz del Evangelio cuando todavía era niño.

—¿Cómo fué eso?—pregunté yo.

—En verdad,—contestó él,—fué bastante singular el caso y altamente manifestativo de lo que puede la verdad sencilla siempre que «el ojo, como dice el Señor, sea sincero.» La madre de Guillermo era una católica bastante devota, y al propio tiempo muy industriosa y activa. Era una pobre viuda que ganaba su vida dedicada á la modesta ocupacion de barrendera, y en la necesidad de atender con el fruto de su trabajo á la manutencion de una familia bastante numerosa, se veía frecuentemente precisada á pasar el día lejos de su casa, razon por la que le era de todo punto imposible dedicarse tanto como habiese deseado al cuidado de sus hijos, sobre todo del mayor entre ellos, Guillermo. Solía este visitar á una ancianita ciega, vecina suya, que tenía por costumbre oír el Evangelio, que al efecto le leía el señor de D., ocupacion muy del agrado de Guillermo, que se gozaba altamente con la narracion de la vida y hechos de Jesús.

Pues bien, en uno de esos días en que su madre iba á hacer el aseo de la iglesia, llevó en su compañía á Guillermo para que la ayudara en su faena, y al llegar allí se encontraron con que aquella habia sido recientemente blanqueada, y que algunas gotas de pintura habian caído sobre un Crucifijo que estaba colocado en el altar mayor y que por cierto á los ojos de los hombres peritos no tenía ningun mérito artístico. Despues de haberse ambos prosternado reverentemente delante de él, la madre tomó una esponja en la mano mientras Guillermo, sosteniendo en sus brazos una artesa llena de agua, la dijo:

—Nuestro Cristo es todo lo contrario del de la señora de N., la ciegucecita, y sobre todo, ni es tan bueno ni tan grande.

—¿Cómo es eso, hijo mio?—replicó su madre sorprendida con esta observacion.

—Mira, el Cristo de la señora N. es el que limpia á ella, mientras que nuestro Cristo necesita que nosotros le limpiemos.

—¿Qué disparate, hijo mio! ¿El Cristo limpiar á la señora de N?

—Lo hace, madre mia,—insistió el niño.—Lo dice claramente así en el libro; oí yo mismo al señor de D. leerlo, porque leyendo en el libro se dirigió á la señora de N. y la dijo: «Tú eres limpia.» Y una vez retirado el señor de D., interrogué á nuestra vecina cómo pudo este decir que ella estaba limpia. A lo cual me contestó que efectivamente su Señor Jesús habia lavado sus pecados.

Su madre no replicó, pues se hallaba vivamente penetrada de las palabras del hijo; pero meditándolas pensaba dentro de sí, debe ser una gran cosa poder decir: «El Señor Jesús ha lavado mis pecados.» Y una vez de regreso á su casa, preguntó á Guillermo qué libro era ese del que habia oído referir tales palabras, y Guillermo se puso á narrarla sus visitas á casa de su vecina la señora de N., y las preciosas historias que en ella habia oído leer al señor de D. referentes á Jesús y su amor para con los pobres, perdidos y miserables; le refirió tambien que la señora de N., aunque pobre y ciega desgraciadamente, era feliz, sin embargo, y tenía un placer especial en cantar himnos relativos á Jesús, de los cuales sabia muchos de memoria.

Todo esto no pudo menos de impresionar altamente á la madre de Guillermo, la cual, por lo que concernia á ella, se veía forzada á confesar que no era dichosa y que de ordinario se sentía mas inclinada á derramar lágrimas que á cantar, y nada hay de extraño en esto, pues la pobre se miraba precisada á llevar una pesada carga sin conocer al único que podia aliviarla, y que invita á los trabajados y cargados para que vengan á Él y les hará descansar.

Algunos días despues la madre de Guillermo fué á casa de la señora de N. con objeto de entretenerse un ratito, y hablando con su vecina tomó tal sesgo su conversacion, que no se hizo esperar la oportunidad de preguntar cómo pudo decir á su Guillermo que «Jesucristo habia lavado sus pecados.»

A lo cual contestó su vecina que precisamente Jesucristo habia amado tanto á los pecadores, que dió su vida por ellos á fin de espiar sus culpas y redimirlos con su sangre.

—Por consiguiente, amiga mia,—añadió la cie-

gucecita con una dulce expresion que manifestaba el gozo y paz indecible que inundaban su espíritu.—Yo sé que Dios ha perdonado todos mis pecados por amor á su amado Hijo, y que me mira en la actualidad como si nunca hubiese pecado.

—Empero, ¿qué hizo Vd. para obtener ese perdón?—le preguntó aquella,—pues creía que la señora de P., con quien estaba hablando, era mas pobre que ella misma todavia, y siendo así pensaba con razon que no podia haber pagado á muy buen precio su perdón, ni ir en peregrinacion, por la ceguera material que venia padeciendo.

—¿Qué he hecho yo para obtener el perdón de mis pecados?—repitió la señora de P.—Absolutamente nada; me encontré con que el perdón me estaba esperando mucho tiempo hacia, y que no me restaba hacer otra cosa que aceptarlo, y dando gracias á mi Dios y Salvador, regocijarme. Y sino, veamos, ¿qué es lo que Vd. ha hecho para recibir la luz del sol?

—¿Que qué he hecho? Absolutamente nada. Abrí los ojos y allí lo encontré brillando desde mucho antes de que yo naciese.

—Pues entonces, amiga mia, abra Vd. los ojos de su Espíritu y verá al señor Jesús que está delante, y que lleno de amor y con los brazos extendidos se dirige á Vd. y le dice: «Ven á mí, pues antes de tú nacer espí en la Cruz la pena de tus pecados, pagué su deuda á los pecadores para que quedaran libres, morí para que tuvieras vida y se lavaran tus pecados con mi sangre.»

—¡Ah!—esclamó la señora de S.—¡Cuán grande y cuán glorioso es lo que acabo de oír!

—Lo es en efecto, mi querida amiga,—dijo al punto la señora de P.—No podemos ser salvos por nuestras obras, sino únicamente por la gratuita gracia de Dios y por su puro amor, que como el sol en medio del firmamento, lanza sobre nosotros sus rayos inundando de paz y gozo inefables el corazón del que recibe en nombre de Jesús la salvacion.

—Pero ¿cómo lo sabe Vd?—insistió la señora de S.—¿Está Vd. segura de ello?

—Lo sé por la misma Palabra de Dios,—replicó.—Mi apreciable señor de D. viene diariamente á leerme la por espacio de una hora, y si Vd. tambien quiere oirla, sírvase venir á las tres de la tarde de mañana, que será Vd. muy bien vendida, y el señor de D. tendrá un especial gusto en contestar á cuantas preguntas tenga Vd. á bien dirigirle.

Esta invitacion surtió el efecto que era de esperar. La señora de S. asistió con regularidad cuando pudo á la lectura del Evangelio en casa de su vecina, y provista bien pronto de una Biblia, solía hacérsela leer á Guillermo todas las noches.

La Palabra de Dios fué en ella potente para su salvacion; halló descanso para su alma en el conocimiento de Jesús, el Justo que murió por los injustos; creyó que habia lavado con su sangre sus pecados, y firmemente persuadida de esta verdad, vivió consagrada á su servicio hasta hace poco mas de un año que se durmió reclinada en su amoroso regazo. Antes de su muerte tuvo el consuelo de ver á su querido Guillermo consagrado á la obra del Señor como evangelista, pues desde el día de su conversion no habia cesado de pedir al Señor se dignase recibir en su servicio á ese niño, para que así como habia sido la causa ocasional de que ella viniese á la luz de la verdad, lo fuera tambien para que muchas otras almas que todavia yacen en las tinieblas de la ignorancia, entrasen en el camino de la vida.

(Traducido del inglés.)

HIMNO.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul, serena,
Me dice desde lejos: Tu Dios se esconde allí.
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante: Tu Dios se acerca á tí.

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;

El resplandor conozco de tu semblante santo,
Cuando al cruzar el éter, relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que bogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmás, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el rugiente son;
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia
Mas que una arista seca, que el aire vá á romper?
Tus ojos son el día: tu soplo es la existencia,
Tu alfombra el firmamento, la eternidad tu ser.

¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus piés está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

ZORRILLA.

LITERATURA ULTRAMONTANA.

Un decreto de 22 de julio de 1824 disponia: «Que la recompensa debida á los servicios hechos por el clero de España en la última desgraciada época de los tres años, y la falta de ministros que causó en las iglesias la furiosa persecucion que sufrieron del Gobierno revolucionario, hacia necesaria la provision de prebendas y beneficios eclesiásticos.» Con semejante disposicion se llenaron los coros de las iglesias-catedrales de eclesiásticos imberbes, corrompidos y estúpidos hasta la idiotez.

Si España no fuera la nacion de los curas de Caorna, podria admirarnos la siguiente arenga que copiamos. Un señor clérigo llamado don Bernabé Simon Gonzalez Villar, al tomar posesion de su canongía el día 22 de enero de 1829, se la asestó al señor decano y cabildo de Toledo, primado de los dos mundos, como decia enfáticamente.

Siendo poco conocida, la publicamos como una curiosidad nueva.

Decia así:

JESÚS.

«Deus, Deus meus et dominus meus.

»O Maria Santa! O Domina mea!

»O Sante Ildefonse! O Leocadia Santa!

»Quis non tripidabit tantum pertingere culmen?

»Positis in medio quomodo vertam nescio
Pos nubila tebus.

(Así está en el original. Este latin bárbaro no se conoció ni aun en la Edad Media.)

»A la noche sigue el día, al invierno el verano, á la desgracia la dicha, á la prision la libertad, á la persecucion la serenidad, y á la navegacion el deseado puerto en que el fatigado marinero halla su descanso.

»Sí, Excmo. Señor: *Pos nubila tebus*. Despues de cuarenta años de innumerables trabajos sufridos con una grande serenidad de ánimo (tal que mas de una vez se me ha preguntado si era de piedra ó bronce), en tan lejanas tierras habitadas por gachupines (alias) europeos, por españoles, por indios, mestizos, negros, mulatos, blancos y pardos, por lobos.... tente en el aire y vuelve atrás y todos de distintos idiomas. Ya en altísimos montes llenos de fieras y de hermosísimos pájaros por sus colores, ya en profundos rios amurallados de altísimas montañas, y sus tupidas aguas cuajadas de lagartos

y otros serpentones que asustaban á cuantos los miraban, y la atmósfera llena de insectos, zancudos, gegen, rodadores y un sin número de molestadores, á los que tienen la desgracia de navegar por dichos rios, como me tocó á mí huyendo de los enemigos de Dios, del rey y de todo género humano, decidido por su soberano y por el juramento de fidelidad que le habia prestado; y por último, ya en los anchurosos y dilatados mares, region de tanta diversidad de *peges* y naves que los surcan, de las que no todas toman el deseado puerto por las tormentas que á su vista las estrellan y desaparecen. No así la mia, Señor, que acaba de fondear en este hermoso *piélago* abrigado de los cuatro vientos y defendido de todos sus enemigos por los muchos atletas que los rodean.

»Rindo á V. E. las mas espresivas gracias por la generosidad con que mandó abrirme sus puertas, matriculándome en él con tanta solemnidad, observando todas las leyes del estatuto; y sabed, Señor, que yo mismo me doy la enhorabuena, é incesantes gracias á mi rey y señor, el Sr. D. Fernando VII (que Dios guarde), por haberme colocado en la primera nave de los dos mundos.

»Cumpliré, Señor, todas vuestras órdenes, pecho por tierra, y rogaré al Todopoderoso lo felicite eternamente.»

Para formar juicio de esta época, todavia pudiéramos trascribir el no menos deliciosísimo oficio en que el cura de Algeciras, D. José Cayetano Luque, avisa al cabildo de Cádiz su nombramiento de dean de aquella iglesia; pero para muestra creemos que basta ese retazo.

EL PADRE NUESTRO.

*Padre nuestro que estás en los cielos,
Que gobiernas la tierra y el mar;
Los suspiros recoge y los ayes
De un alma que en pos de ti vá.*

*Que tu nombre sea Santo mas veces
Que hay arenas en blando arenal;
Que la tierra y el cielo se unan
Y celebren tu gloria sin par.*

*¿Cuándo llegan los dias dichosos
De tu reino de vida y de paz?
Venga á nos el tu reino, Dios justo,
Para no terminarse jamás.*

*Pero tú que das vida á la vida,
Lo que quieras, Señor, eso harás;
Que en el cielo y la tierra se cumpla
Tú santísima y fiel voluntad.*

*¡Padre, padre! A las aves no falta
Una espiga caída del haz;
¿El pan nuestro de todos los dias
A tus hijos tal vez negarás?*

*No es posible, Señor; y las deudas
Que contigo en momento fatal
Contragimos, perdona; sabemos
Nuestras deudas tambien perdonar.*

*No nos deje tú mano potente,
Es terrible el poder de Satán;
No nos dejes caer, Dios piadoso,
En atroz tentacion infernal.*

*Y pues tuyo es el reino y la gloria
Y el poder y la guerra y la paz,
Que tu mano nos colme de bienes,
Que tu mano nos libre de mal.*

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

LA PROVIDENCIA.

Dos hombres eran vecinos, y cada uno de ellos tenia mujer é hijos, y su solo trabajo para darles vida.

Y uno de esos hombres se inquietaba en su interior y decia: Si yo muero ó caigo enfermo, ¿qué será de mis hijos y de mi mujer?

Y esta idea no le abandonaba un momento y roia su corazon como roe el gusano el fruto en donde se esconde.

La misma idea se le habia ocurrido al otro padre: pero no se habia detenido á considerarla; porque, decia, Dios que conoce á sus criaturas y vela por ellas, velará tambien por mí, y por mi mujer, y por mis hijos.

Y este vivia tranquilo, mientras que el primero no se daba punto de reposo ni gozaba en su interior.

Un dia que trabajaba en el campo, triste y abatido á causa de su temor, vió algunos pájaros que entraban en un arbusto y salian de él para volver á venir.

Y aproximándose vió dos nidos colocados el uno junto al otro, y en cada uno varios pajarillos recién salidos del huevo, y sin plumas todavia.

Y cuando volvió á su trabajo, de vez en cuando levantaba sus ojos y miraba á los pájaros que iban y venian llevando la comida á sus pequeñuelos.

Pero hé aquí que en el momento en que una de las madres venia con su comida, un buitre la apresó entre sus garras, la condujo en alto, y la pobre madre, agitándose en vano, arrojaba gritos agudos.

Al ver esto, el pobre hombre que trabajaba sintióse mas triste que nunca; porque pensaba, la muerte de la madre significa la muerte de los hijos. Los míos no tienen en el mundo mas que á mí. Si yo les falto, ¿qué será de ellos?

Y durante el dia estuvo triste y sombrío, y no pudo dormir en toda la noche.

Al dia siguiente, cuando volvió al campo, se dijo: Quiero ver á los pajarillos de esta pobre madre: algunos han perecido ya sin duda. Y se encaminó hácia el arbusto.

Y mirando, vió á los pequeñuelos tan sanos: ni uno solo parecia haber sufrido.

Y como esto le asombrara, ocultóse para ver lo que ocurriría.

Y poco tiempo despues, oyó un lijero grito y apercióse á la segunda madre que traía el alimento que habia recogido y que lo distribuía á los pequeñuelos sin distincion, y para todos hubo y los huérfanos no fueron abandonados en su miseria.

Y el padre que desconfiaba de la Providencia contó por la noche al otro padre lo que habia visto.

Y este le dijo: ¿Por qué inquietarse? Dios no abandona nunca á los suyos. Su amor posee secretos que nosotros no conocemos. Creamos, espere-mos, amemos, y prosigamos en paz nuestro camino.

Si yo muero antes que tú, tú serás el padre de mis hijos; si tú mueres antes que yo, yo seré el padre de los tuyos.

Y si uno y otro morimos antes que ellos se encuentren en estado de atender á sus necesidades, tendrán por padre á nuestro Padre que está en los cielos.

(Traducción de Lamennais.)

EL ARZOBISPO CARRANZA.

(Conclusion.)

Quando llegó á Roma el camarero del Papa, este ya habia muerto y le habia sucedido en la silla pontificia Gregorio XIII, quien mandó unir los nuevos papeles al proceso. Hay quien dice que la muerte de Pio V no fué natural, sino ocasionada por los fanáticos frailes españoles, que tenían interés en que la causa del arzobispo no fuese sustanciada. En el proceso nuevo se observa

algo de esto, pues hay cartas de proposiciones bastante avanzadas, en las que se dice que poco importaria que se muriese quien tanto amor tenia á un fraile dominico, y hablaba contra el honor de la Santa Inquisicion española, cuyo Santo Oficio ganaria mucho con la falta de semejante Papa.

Felipe II mandó á Roma cuatro nuevos teólogos con nuevos dictámenes para aclarar ó para oscurecer quizás mas y mas el proceso. Por medio de ellos rogaba á Gregorio XIII, despues de felicitarle por su exaltacion al sòlio pontificio, que suspendiese toda sentencia hasta que viese los dictámenes que ellos le presentarian calificando algunas obras inéditas de Carranza. Los teólogos, en efecto, presentaron sus censuras originales al Papa. Se enviaron copias á la Suprema y esta mandó unirlas al proceso. Respondieron los doctores Alpizcueta y Navarro; pero los cuatro teólogos replicaron no quedar satisfechos.

El asunto se iba apurando y Carranza iba á salir absuelto. Se apeló á otros medios. Los inquisidores hicieron uso de sus últimas intrigas y el rey de su poder, y se vió cómo sería posible hacer retractarse á los distinguidos varones que habian opinado favorablemente, cuando se trató de la censura del famoso y malhadado catecismo del arzobispo. Gregorio XIII cayó en el lazo, y el que tan bien conocía las intrigas de la corte española, que en vida de Pio V habia sido el que habia sustentado el dictamen de lo imposible que era por esa misma causa el que se sentenciase el proceso en Madrid, cayó de lleno en ellas y sentenció como condenando hereje á Carranza. Por sentencia de 14 de abril de 1576 se ordenó al arzobispo que abjurase de todas sus herejías en general, y particularmente de diez y seis proposiciones heréticas, de cuya creencia se le declaró sospechoso con sospecha vehemente.

Se le suspendió de su dignidad por espacio de cinco años y se dispuso que los pasase en el convento dominicano de Orviedo, en la Toscana. Por de pronto se le mandó pasar al convento de la Minerva, y para que se edificase, como si al escelente varon le hiciera falta, se le designaron algunas obras de piedad y devocion. Se le impuso la obligacion de andar en un dia las siete iglesias de estacion de Roma, tituladas: San Pedro, San Pablo, San Juan lateranense, Santa Cruz de Jerusalem, San Sebastian, Santa Maria la Mayor y San Lorenzo.

El arzobispo escuchó con humildad extrema esta dura sentencia. Abjuró conforme á ella y fué absuelto *ad cautelam*. Celebró misa los cuatro primeros dias de la Semana Santa, y el lunes de Pascua de Resurreccion salió á andar las estaciones. El Papa, como testimonio público de amistad y aprecio, le envió su litera, que el arzobispo no quiso aceptar. Dijo misa en San Juan de Letran, y aquella fué la última de su vida. Al dia siguiente enfermó de gravedad. Noticioso de su enfermedad Gregorio XIII envióle el 30 de abril dispensa y absolucion pontificia total, usando en esta de sus atribuciones por ver si esto podia contribuir en algo al alivio del ilustre enfermo. Recibió los Sacramentos con tranquilidad y muestras de alegría, y espiró el dia 2 de mayo, teniendo 73 años de edad, y de ellos los 18 últimos de reclusion. El cuerpo de Carranza fué sepultado el dia 3 en el coro de los religiosos del convento de Minerva, entre dos cardenales de la casa de Médicis.

Gregorio XIII mandó poner sobre su sepulcro este epitafio: «A Dios óptimo máximo sea dada la gloria. Este monumento es dedicado á Bartolomé Carranza, navarro, dominicano, arzobispo de Toledo, primado de las Españas, varon ilustre en vida, linaje, doctrina, predicacion y limosnas; cumplidor exacto de grandes comisiones de Carlos V, emperador, y de Felipe II, rey católico, dotado de ánimo modesto en la prosperidad y paciente en la adversidad. Murió de 73 años en el de 1576, dia 2 de mayo, en que se veneran San Atanasio y San Antonio.»

Así acabó aquel varon esclarecidísimo, si célebre por su ingenio mas célebre aun por su santidad. Así murió uno de los hijos mas ilustres de España. La envidia de sus émulos, blandiendo contra él el arma terrible de la Inquisicion, amargó los últimos años de su vida; y mas que eso hubiera hecho para su vergüenza si Carranza hubiera permanecido en España. Pero la Providencia lo dispuso de otro modo, y los bárbaros inquisidores no pudieron cortar aquella vida tan preciosa. ¡Eterno oprobio para las ideas bajo cuya advoca-

cion se han cometido estos crímenes y se han llevado á cabo persecuciones como las de este hijo de la Iglesia verdadera!

JESÚS EN EL TEMPLO.

Sollozando amargamente
Y camino de Sion,
Vá una madre desolada
Y un hombre triste vá en pos.
Cuando llegan á las puertas
Está apagándose el sol;
¡Para aquella pobre madre
Há dos días se apagó!
Se la ha perdido su hijo
Pedazo del corazón;
¡Para el amor las esposas,
Las madres para el dolor!

¡Hosanna! Está allí sentado
En medio de los doctores,
Les escucha y les pregunta
Y otras veces les responde.
Están de oír sus palabras
Pasmados aquellos nombres,
Que les dice cosas que ellos
Tan doctos las desconocen.
¡Ah! se ha oído un grito. ¡Es su madre!
Vió al hijo de sus amores
Y no pudo contenerse;
¿Quién detiene al mar que corre?

Le dá solo sus caricias
Y se guarda los reproches,
Que como una madre no hay
Mas aprisa quien perdona.
—Por tí hemos vertido, hijo,
Lágrimas á borbotones,
Le dijo; lo que por tí
Sufrimos, tú no conoces.
—Madre, ¿por qué me buscábalas,
Replicóla el niño entonces:
En las cosas de mi Padre
Debo estar, El lo dispone.

El Padre bajó la frente,
Calló la madre y besóle,
Y salieron de Sion
Entonando á Dios loores.

NOTICIAS VARIAS.

El Sr. Ben-Oliel, pastor de una de las iglesias evangélicas de Cádiz, nos suplica que digamos en nuestro periódico que ninguna participacion ha tenido en las diferentes contestaciones que se han dado á las cartas publicadas en Cádiz por el padre Cayetano, por creer dicho Sr. Ben-Oliel que ni su género de argumentacion ni su estilo merecian una refutacion.

Ahora debemos decir al Sr. Ben-Oliel que LA LUZ no ha rehusado nunca hacer pública la anterior declaracion. Si no se ha hecho antes de ahora ha sido porque ignorábamos que tal fuera el deseo del Sr. Ben-Oliel.

El domingo 12 del actual se celebró en Valladolid el acto siempre solemne de distribuir la Santa Cena á los cristianos de dicha localidad. El número de los que rompieron el pan y bebieron el vino ascendió á 36. Pedimos al Señor que la Santa Cena sea para los cristianos que de ella han participado un medio eficaz de santificacion, es decir, una verdadera comunión con Aquel que por nosotros ha dado su vida en una cruz.

Hemos tenido el gusto de saludar á nuestro buen amigo D. L. B. Armstrong de vuelta ya en Madrid de su largo viaje por Francia, Suiza é Inglaterra. La disposicion de los amigos de la obra de evangelizacion en España es excelente, y bajo este punto de vista nuestro amigo vuelve satisfecho de su viaje; mas parece que le ha causado una impresion bastante penosa el ver cuán depravadas son las costumbres en algunos países y cuántos son los medios que la incredulidad pone en juego para desterrar de los corazones la fé en Cristo.

Estamos conformes con él en que los cristianos deben desplegar grande actividad y orar mucho para oponer un fuerte dique á la marea montante del mal que amenaza sumergirnos.

El nuevo Gobierno de la república de Guatemala, en la América central, ha espulsado del territorio á los jesuitas por creer que esta orden célebre formaba un Estado dentro del Estado.

Escriben de Damasco que entre los mahometanos se nota un movimiento religioso admirable. Mas de tres mil de esos antiguos secuaces de Mahoma han pedido el bautismo, y con toda regularidad celebran reuniones de oracion en donde se invoca el nombre de Jesucristo.

Siempre hemos aprobado las reuniones religiosas familiares que en algunas casas se verifican. En los primeros días en que se predicaba el Evangelio, la curiosidad llevaba á la única capilla que entonces existía en Madrid, á multitud de personas á quienes se les anunciaba el nombre de Jesucristo. Hoy solo vienen los que son cristianos evangélicos, y debemos dar gracias á Dios de ver que el número es bastante crecido para llenar cuatro ó cinco de los siete lugares destinados al culto que actualmente existen en Madrid. Los predicadores, mas que propagar, lo que pueden hacer hoy es edificar. Mas como no debemos contentarnos con el número actual de cristianos, necesario es que procuremos aumentarlo y nada tan bueno como ir á buscarlos á todas partes y celebrar en las casas cuantos cultos sea posible hacer. Ya hemos dado cuenta á nuestros lectores de algunas reuniones que se verifican en las casas de algunos amigos, y ahora tenemos la satisfaccion de anunciar dos nuevas reuniones mas.

El miércoles 8 del actual celebró una en las afueras del puente de Toledo el evangelista Don Eduardo Castro, con asistencia de unas cuarenta personas. Hoy celebrará otra en el mismo local, y espera hacer lo mismo, Dios mediante, todos los miércoles á las siete de la noche.

El mismo evangelista ha conseguido que le cedan para idéntico objeto otra habitacion en la calle del Carnero, en donde predicó el jueves último á las siete de la noche, y en donde seguirá predicando todos los jueves á la misma hora.

Hoy miércoles se reunirán en oracion los cristianos evangélicos de Madrid, en la sala evangélica de la calle de la Libertad, y el miércoles 22, á la misma hora, en la iglesia bautista de la calle de Lavapiés.

El sábado 18 del presente, á las ocho de la noche, principiarán de nuevo los ensayos de himnos evangélicos, en la iglesia de la Madera Baja. Se nos ruega recomendamos la asistencia á los miembros de dicha iglesia, pues es sabida la importancia que tiene en los cultos evangélicos el canto de las alabanzas del Señor.

Muchos periódicos de Madrid se han ocupado del robo verificado en Barcelona de las alhajas que adornaban y enriquecían la custodia de la catedral. Para llegar á los objetos robados era indispensable abrir cinco puertas, la última de las cuales con dos cerraduras, y cuyas llaves guardan distintos canónigos. Además, hay la circunstancia singular de que ninguna de las puertas ha sido violentada. Después se ha dicho que las alhajas ó parte de ellas habian sido entregadas al presidente del cabildo. A continuacion hacemos una reseña de las alhajas, tomada de *La Independencia* de Barcelona.

«La custodia es de oro macizo, sirviéndole de pié la histórica silla de plata dorada que sirvió de trono á D. Martín de Aragón, y en la cual entró sentado en Barcelona D. Juan II de Navarra y Aragón, después de derrotar á los franceses en Perpiñán. Estas dos preciosas reliquias, de gusto gótico, han quedado intactas, segun nuestras noticias; pero como quiera que la principal riqueza la constituian la infinidad de piedras preciosas que la adornaban, regalo de varios monarcas y poderosos, no podremos apreciar el valor de los objetos robados, en tanto no se aclare detalladamente las piedras que segun parece han quedado. Con todo, vamos á dar á nuestros lectores un extracto de las preciosidades que habia, y la mayor parte de las cuales constituirán el robo que tan seriamente está llamando la atencion de los barceloneses.

En torno de la custodia y silla habia una riquísima banda bordada, en la que se decía que habia un picotín de perlas. Además de una gruesa cadena formada de hermosas perlas, y un rubí cabujón del tamaño de un huevo de paloma, habia una cruz formada con 66 gruesos diamantes. Una esmeralda tasada en 1.500 ducados, de oro. Otra cadena de oro con rubíes, cuyo valor asciende á 2.300 duros. Un diamante negro igual en dimension al de Saney de Francia, joya de un valor inapreciable. Seis rosarios de perlas finas. Varias cadenas de oro, cuyos granos tambien de oro, pesan una onza cada uno, alternado con preciosos granates de Siria.

Además de estas notables joyas de un valor incalculable, habia una rama de palmera adornada con ópalos de Oriente, regalo de Filiberto de Saboya, estimada en 4.000 duros. Esto sin perjuicio de la infinidad de sortijas, anillos, camafios y piedras finas y grabadas, regalo de varias personas.

Resumiendo lo espuesto, la custodia tenia 1.206 diamantes, 2.000 perlas finas, 113 ópalos orientales, 5 zafiros de Oriente y una multitud de turquesas. Como se vé, pues, el robo de estas alhajas ó parte de ellas, puede ser de un valor fabuloso, incalculable.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripcion es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

Puntos de suscripcion.

En Madrid.....	{ Soldado, 7, segundo. Madera Baja, 8.
En Zaragoza...	{ Calle de San Jorge, cochera Asco- baretta.
En Valladolid.	Piazuela del Duque, 11, principal.
En Cartagena..	Plaza del Rey, 18.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.
En Santander..	Librería de D. Manuel M. Ramos.

MADRID: 1871.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.